



Mucho ruido...
y pocas nueces

Raymond Griffith



LA NOVELA PARAMOUNT

★ Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III
N.º 79

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

NET PAINT 1928

MUCHO RUIDO... Y POCAS NUECES

Comedia cómica, interpretada por
RAYMOND GRIFFITH, ELENA COSTELLO,
BRYANT WASHBURN, etc.



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

MUCHO RUIDO... Y POCAS NUECES

Argumento de la película

En uno de los lujosos hoteles de la ciudad de Nueva York se celebraba una gran fiesta.

Pedro, rico "sportman" de la ciudad y joven de inteligencia algo escasa, se declaró a Beatriz, hermosa muchacha morena que traía loco a todo el sexo fuerte.

Hasta entonces no le había manifestado aquella pasión y, de pronto, sin decirle nada, puso en uno de sus dedos la sortija de prometida, lo que creyó era ya bastante.

—¿Cómo? ¿Te quieres casar conmigo?— le dijo ella, que casi siempre le tomaba el pelo—. ¿Acaso me dijiste alguna vez que me amabas?

—¡Te amo!—musitó él en voz baja.

—Más alto, por favor.

—¡Te amo! ¿Lo has oído ahora?

Y al mismo tiempo se arrodilló ante ella

como galán que representara a las mil maravillas una comedia.

Sonaron grandes risas. En una galería estaban contemplándoles varias muchachas que se morían de contento al ver a Pedro prostrado de hinojos.

—¡Eh! ¿Qué es eso?—dijo Pedro levantándose.

Beatriz, riendo, salió y entonces rodearon al conquistador el corro de muchachas.

—Queríamos saber si eras capaz de declararte, pensábamos que no... y hemos perdido. Eres menos tonto de lo que creíamos.

—Pues ¿qué os habíais pensado, jóvenes?

Y, mirándolas con profundo desprecio, se dirigió a otra salita a reunirse con su adorada Beatriz.

La muchacha estaba leyendo un periódico y, al verle entrar, dijo a su prometido:

—Piensa en la manera de explicarme esto.

Pedro vió su propio retrato en el periódico y leyó estas líneas:

No más pleitos por quebrantamiento de promesa. Retrato del joven calavera que alegra tres corazones femeninos a la vez. Parece que es el terror de nuestras damitas elegantes.

—¡Ya ves la fama de que gozas! ¿Y tienes

la osadía de declararte? Toma, no quiero saber nada más de ti.

Le devolvió la sortija.

Muy desolado, Pedro la pidió perdón.

—No tengas celos, amor mío. En lo sucesivo sólo dedicaré a ti todas mis horas. Olvidaré para siempre los otros “flirts” sin importancia.

—¡Tonto! ¿Pero te has creído acaso que iba yo a casarme contigo? ¡Ni por pienso! Precisamente, mis amigas y yo estábamos convenidas para tomarte el pelo al escuchar tu declaración. Y para que te enteres, no sólo no quiero saber nada de ti, sino que estoy a punto de anunciar mi próxima boda con Periquito Dogberry.

Y como en aquel momento apareciera el propio Periquito, la joven le abrazó dulcemente, mientras por los ojos de Pedro pasaba un rasgo de tragedia.

—¡Esto es un insulto!—gritó.

—¡Como quieras!

—Le ama a usted y me ha anunciado su próxima boda a mí—añadió mirando a su rival—. ¡Así son las mujeres!

—Beatriz me quiere a mí y usted nada significa para ella—dijo Periquito.

—Pregúnteselo; pero, ¡bah!, no vale la pe-

na. A toda mujer le complace matar lo que ama. ¡Adiós para siempre!

Y se tiró de cabeza por una ventana...

¡Era un quinto piso! Mas, por fortuna, Pedro fué a parar a un balconcito que le recogió a menos de un metro.

Bien es verdad que Pedro conocía ya de an-



...puso en uno de sus dedos la sortija de prometida...

temano la altura... porque, de lo contrario, a cualquier hora se echa él al abismo.

Beatriz era una mujer coqueta... En el fondo de su alma le interesaba aquel hombre; pero no se lo quería demostrar. Al verle, sin embargo, tirarse abajo, su corazón se estrujó como una esponja.

Corrió a recogerle y se abrazó a él, arrepentida de lo que había hecho, despreciando de nuevo a Periquito.

—¿Por qué te querías matar?—suspiró.

—En ocasiones como ésta tengo la costumbre de suicidarme—dijo Pedro.

—No lo hagas, porque...

Y ahora sus ojos le envolvieron en tierna caricia.

—¿Me quieres? ¡Yo también! Es necesario que todo el mundo sepa que te amo—dijo el "sportman".

Periquito se alejó furioso y los dos tórtolos siguieron cantando a dúo su canción de amor.

—¿No nos molestarán tus amigas?—dijo Pedro.

—¡No!

—Es que si nos molestan, permita Dios que todos nuestros hijos sean contrabandistas de licor... que es negocio lucrativo desde la prohibición.

Y de pronto, mientras junto a una puerta

de cristales, se abrazaban, apareció en la contigua habitación una mujer rubia que, revolver en mano, comenzó a disparar contra los enamorados hasta agotar todas las municiones.

Beatriz huyó horrorizada y Pedro, que entre sus defectos, tenía también el de la cobardía, puso las manos arriba ante aquella mujer que parecía el mismísimo demonio.

—Pero señora, ¿qué hace usted?

—¡Ah, qué barbaridad he hecho!—dijo la dama poniéndose las manos a la cabeza. A través de las puertas de cristales me confundí... ¡Creí que era usted mi marido y que me engañaba!

La dama en cuestión era muy guapa y Pedro, siempre galante, contestó:

—No, señora; pero si usted no se opone, yo no tengo ningún inconveniente en serlo.

—¿Dónde debe estar mi marido?

—Lo ignoro, señora... ¿Pero es que ha estado usted leyendo "Las confesiones de una casada"? Tiene celos, ¿verdad?

—¡Monstruosos! ¡Oh, buscaré a ese hombre hasta alcanzarle!

Y como la rubia tocara el dos, Pedro volvió al encuentro de Beatriz, que estaba anegada en un mar de lágrimas.

La encontró en una contigua salita, llorando, presa del mayor desconsuelo.

—Pero, ¿por qué lloras? ¿Te duele algo?

—El alma. Dime, ¿quién era aquella mujer? ¿Por qué disparó contra ti?

—Una equivocación, hijita, que pudo tener fatales consecuencias. Yo no conozco a esa criatura.

—¡No mientas!

Apareció en aquel momento el detective del hotel quien encarándose con Pedro, le dijo:

—Ya he visto cómo su mujer ha roto varios cristales al disparar contra usted. De modo que tome nota que habrá usted de pagar los desperfectos.

—Pero...

—Ni una palabra más. Paga que es gata.

Marchó el policía, y Beatriz dijo entonces a Pedro creyéndole casado:

—¡Nunca pude sospechar tal cosa! ¡Adúltero, mal hombre!

—Hijita, no prestes crédito a las palabras de un detective. Te juro que no soy casado.

—Yo creo lo que mis ojos ven y cuando tú vuelvas a verme, yo estaré ya casada.

—No me disgusta la idea—dijo Pedro, tomándose las cosas a guasa—, celebraremos boda doble.

—¿Por qué?

—Me casaré con la primera mujer que vea...

Y como en aquel momento entrase en el salón Ursula, una muchacha voluminosa y oronda, Pedro, a pesar de que era pequeñito y delgado, avanzó hacia ella y le dijo:

—¿Quiere casarse conmigo?... No estaré mucho tiempo en casa...

—¡Cielito lindo! ¡Ya lo creo!

Beatriz le miró con desprecio y salió a reunirse con Periquito que a lo menos era un hombre formal.

Los celos anidaron furiosos en el alma de Pedro, quien rechazando a la mujer cañón, que maldito lo que le interesaba, se dirigió de nuevo en persecución de la fugitiva.

A pesar de su aparente desdén, amaba a Beatriz y no estaba dispuesto a dejársela arrebatar.

Viendo a Beatriz que se disponía a abandonar el hotel, concibió el propósito de raptarla.

Cogió de su automóvil una manta de viaje y al descubrir que Beatriz iba hacia la puerta, esperó junto a la salida.

Pero Beatriz se detuvo unos momentos para saludar a unas amistades y quien salió en aquel instante, fué la celosa rubia, llamada Margarita.

Pedro, atolondrado, no se dió cuenta del

cambio de mujer, y envolviendo en su manta a Margarita se la llevó, a pesar de su resistencia, al coche, creyendo que se trataba de Beatriz.

La casada procuraba sacudir el embozo, pero Pedro no se lo permitía...

Partieron a toda velocidad.

Poco después en otro coche, marchaban Beatriz y Periquito.

Por el camino, Pedro fué detenido por unos policías quienes subiendo al coche se hicieron conducir al hotel.

—¿Qué ocurre allí? — dijo Pedro contrariado.

—¡Nada! Una de esas terribles damas de sociedad se ha empeñado en convertir el hotel en una galería de tiro, después de una noche de orgía.

Pedro sonrió... Sabía de qué se trataba... Y una vez hubo dejado a los policías en el hotel, tras una carrera vertiginosa, emprendió de nuevo su marcha, llevando a un lado, completamente envuelta en la manta, a la que creía su Beatriz.

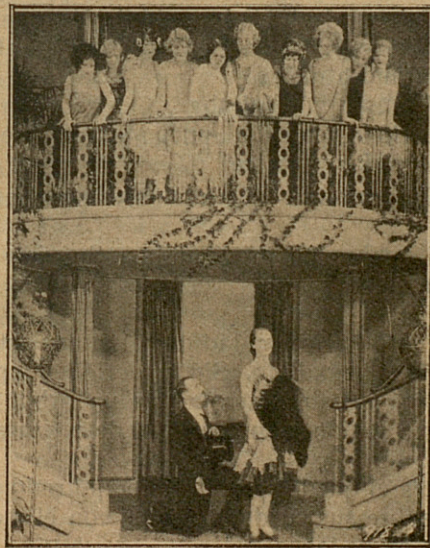
De pronto tuvieron que pararse para dejar paso a un tren. Otro coche se detuvo junto al de ellos. Y Pedro descubrió maravillado que en su interior iba Beatriz con Periquito.

Entonces... ¿quién llevaba con él, Dios Santo?

Beatriz le miró con hondo desprecio y continuó su camino con su novio.

Asustado, Pedro desembozó a la raptada, encontrándose con que se trataba de Margarita.

—Señora — le dijo, enfurecido—, tiene



—¡Te amo! ¿Lo has oído ahora?

usted una rara habilidad para presentarse puntualmente en el momento oportuno.

—¿Por qué me ha cogido usted? Tendría que hacerle detener.

—Todo ha sido un error, bella señora...

Prosiguieron la marcha.

De pronto se fijaron en otro automóvil que iba detrás de ellos, conducido por un caballero de chistera.

—¡Demonio! ¡Es mi marido! ¡Yo que tenía celos de él! — dijo Margarita — ¿Qué pensará ahora de mí?

—Sólo esto nos faltaba...

Aumentó la velocidad, pues Margarita le decía, asustada:

—¡Dese prisa... que nos asesinará a los dos!

—Sí que es un programita... Su vida doméstica debe ser una verdadera delicia, señora...

Corrían a tal velocidad que el motor estaba próximo al estallido. Sin poderlo evitar, el coche fué a estrellarse contra un árbol que no había tenido la precaución de retirarse a tiempo.

Contra él quedó el vehículo empotrado, derecho sobre sus ruedas traseras con el motor partido en pedazos.

Pedro y Margarita resultaron ilesos, sin

otra contusión que el consiguiente magullamiento.

El marido de marras con un revólver en la mano llegó ante ellos, y Pedro viéndose ya próximo a hacer compañía a su tocayo el portero del cielo, pidió humildemente perdón al ofendido:

—¡Usted dispense, señor!... Yo no hago más que esperar que pase el tranvía...

—¡Villano!

—No sé como no le da vergüenza pensar mal de nosotros... tan inocentes.

Pero, Claudio, el marido, se echó a reír y viendo a Margarita y a Pedro, abrazados, extrajo de su bolsillo una máquina fotográfica y les retrató.

—¡Bravo! He ahí las pruebas de vuestro delito... Ahora ya puedo esperar tranquilo el divorcio... que ya era hora.

Margarita lloraba... Ella, que siempre estaba celosa de su esposo y al que había querido matar en el hotel, verse acusada de adúltera y aparecer ante los ojos del mundo como una mala mujer!

Pero Claudio, parecía que celebraba todo aquello como si hubiese sacado el premio mayor.

—¡Beberemos para celebrar mi divorcio, mi libertad, mi libertad! — gritó.

Y se bebió regular cantidad de una botella.
—Beba usted también — le dijo a Pedro—. Al fin y al cabo, usted es para mí mi salvador, pues se carga con el muerto.

—¡No, gracias... no acostumbro!

—Beba usted... ¡recontra!

Pedro, que era abstemio bebióse un trago que le quemó brutalmente las entrañas, pareciéndole que todo el fuego del infierno acababa de entrar en su cuerpo.

¡Si aquello era lava!...

Riendo, Claudio volvió a empinar el codo.

—Pero no beba usted más—le dijo Pedro.—Echémoslo en el depósito de la gasolina...

—¿Está usted loco? Ese vino es un refrescante... Algo flojo, pero no sabe del todo mal.

—Es una delicia ser tan fuerte.

—Hay que ser así. Y a usted le pasará igual cuando se case con Margarita... Porque usted contraerá en breve matrimonio con mi mujer, esto es seguro...

Temeroso de que Claudio hiciera uso de su arma y la estrellara contra él, Pedro, que por otra parte estaba ya desengañado de Beatriz por haberla visto con un Periquito, aceptó aquel propósito de unión. Al fin y al cabo Margarita era también un plato succulento.

—Señora—le dijo acariciándola—, deseo

casarme con usted cuanto más pronto mejor.

—¡Yo también!...

—Y usted, señor, si nos regala un cheque de mil dólares como obsequio de boda, tendremos mucho gusto en aceptarlo.

Y besó fuertemente a Margarita... lo que causó a Claudio una espantosa crisis de lágrimas.



le abrazó dulcemente.

Por fin se daba cuenta de que perdía a su mujer, la que, a pesar de su carácter, era la dulce guardiana de su hogar antes venturoso.

Pedro se enterneció al ver aquellas lágrimas y como tenía buen corazón, dijo a Margarita:

—Me doy cuenta de que su marido la ama aún... No quiero por mi culpa hacer un ser desgraciado.

Margarita se hallaba igualmente conmovida.

—Hagamos las paces y volvamos a empezar—le dijo a su marido.

—No... no puedo aceptar ese sacrificio... Esta mujer es de usted, Pedro, la ganó legalmente y yo no puedo quitársela...

—Es todavía su esposa y no hay poder, Pedro.

—Entonces... acepto... Comprendo que no podría vivir sin ti, Margarita.

Y se besaron ante la alegría de Pedro que volvía a verse libre.

* * *

Momentos después apareció un policía montado en motocicleta.

—¿Qué es ésto? —dijo alarmado y viendo abrazados a un hombre y a una mujer.

—No diga nada... Este caballero y su es-

posa acaban de celebrar un armisticio—explicó Pedro.

—Bueno... basta de abrazos... y al grano... que estamos en pleno campo... ¿De quién es este automóvil? —dijo señalando el coche de Pedro que aparecía empotrado contra un árbol.

—Mío, no...

—Nuestro tampoco—dijo Claudio.

Todos querían quitarse de encima la responsabilidad de haber destrozado un árbol.

Los tres subieron al coche de Claudio, mientras el policía inspeccionaba el *auto* averiado.

Encontró una hebilla y enseñándosela a Margarita, dijo:

—¿Es de usted?

—¡Sí... gracias!

—Pues si es suya es señal de que estaba usted en ese automóvil.

Estaban perdidos. Pedro bajó del coche y explicó al guardia.

—He sido yo el responsable... Pero he atropellado el árbol en defensa propia...

—Pues venga conmigo a la cárcel por haberlo destrozado.

—¡Imposible!... Yo debo conducir el coche de los señores... Ya le explicaré...

—¿Qué me ha de contar?

—Mire, si dejamos guiar el automóvil a ese señor, va a llenar todos los hospitales de heridos.

—¡Zambomba!

—Como quiera que yo soy el primer interesado y él no es más que un segundo interesado, y como quiera que...

El guardia se convenció al fin y le dejó el paso libre. Y así los tres pudieron pasear tranquilamente por la carretera, en dirección de nuevo hacia la ciudad.

Se habían hecho los mejores amigos del mundo.

De pronto Pedro recordó a Beatriz y una mueca triste ensombreció su rostro.

—Ustedes tan felices y yo...

—¿Qué le pasa?

—Pues, que en este momento mi novia se está casando... La he visto en el automóvil... Y se casa porque por error me cree culpable... y piensa que me voy a casar con usted, Margarita.

—¡Pobre amigo-mío!... Vayamos a casa del juez antes de que sea irreparable la boda.

Pero se detuvieron instantáneamente en medio de la carretera al ver a un hombre tendido en tierra como si acabase de ser atropellado.

Ellos tenían buen corazón y bajaron a prestar el auxilio al desgraciado.

Buena la hicieron... El supuesto herido se levantó y encañonándoles con un revólver, les obligó a entregarle cuanto llevaban.

Era un bandido que se valía de aquellas tretas para desvalijar a cuantos pasaban por allí.

Pedro miró a aquel hombre y luego dijo en voz baja a Claudio:

—Me parece que ese tío lleva el revólver descargado.

—¿Quiere usted decir?

—Tengo ese presentimiento.

—¿Y qué?

—Pues... se me ha ocurrido una idea... Eche a correr a ver si lo dispara.

—Al momento.

Claudio comenzó a andar... y el ladrón le apuntó con el revólver... Pedro, listo como una ardilla, viéndole vuelto de espalda, cogió un garrote y lo estrelló contra la cabeza del miserable.

Este quedó estrellado... y tambaleándose.

Le quitaron inmediatamente el arma que, por cierto, estaba cargada...

—Bueno... ¿y qué hacemos con él?—dijo Claudio.

—¡Lo mataremos!

—¿Quiere usted decir?

—Es el medio de que nos deje definitivamente libres...

—Bravo... Yo le dispararé el tiro de gracia

—añadió Claudio—. Oblíguelo a mantenerse de pie y quieto.

Pedro levantó al bandido sosteniéndole por un brazo, mientras Claudio se preparaba a disparar, colocado a prudencial distancia.

Con tan escasa puntería lo hizo que siempre disparó contra la chistera de su amigo, y la hizo varios agujeros.

Y de pronto el bandido despertó y dándose cuenta de su gran situación, les quitó el arma y saltando al automóvil empuñó el volante y desapareció como el viento.

Quisieron perseguirle... pero ¡échele usted un galgo!... Y pronto no fué más que un puntito negro en la lejanía.

Margarita y los dos hombres echaron a andar bajo el duro sol.

¡Cuántos deseos tenía Pedro de llegar cuanto antes al juzgado para estorbar aquella boda que creía era sin amor!

* * *

De pronto vieron en medio del camino a otro hombre tendido en tierra, junto a un automóvil parado.

—¡Es otro bandido! — murmuró Pedro.

—¿Qué hacemos?

—Hay que pegarle antes de que nos pegue él...

Armándose de estacas se dirigieron silenciosamente hacia el hombre tendido en tierra y que estaba hinchando un neumático, y Pedro descargó contra su cabeza un estupendo golpe que partió la vara en dos.

Pero la cabeza del desconocido debía ser de hierro forjado, pues el hombre, levantándose tranquilamente, exclamó:

—Oiga, joven, no se meta conmigo cuando estoy ocupado.

—¡Oh, perdone... perdone!

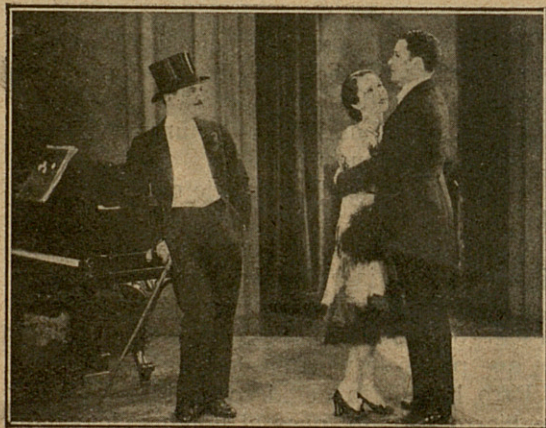
Iban ya a marchar cuando se dejó oír una voz pastosa de mujer.

—Hermano, éste es el caballero que quiere casarse conmigo.

Pedro contempló horrorizado a Ursula, la mujer cañón a la que en un rapto de celos se había declarado.

Quiso huir, pero todo inútil.

El hermanito, que vió el cielo abierto, cogió



—Beatriz me quiere a mí y usted nada significa para ella.

amorosamente entre sus brazos a Pedro y lo llevó al coche.

—Me he quitado un peso enorme de encima...—decía.

La gorda le abrazó dulcemente, y Pedro

tuvo que resignarse a ser por el momento prisionero de aquella masa de carne.

Margarita y Claudio se aposentaron también en el pequeño y desvencijado coche, pero era tal el peso que llevaba éste que se rompieron varias ruedas.

Y Pedro mientras los demás procuraban arreglar el viejo automóvil emprendió tranquilamente las de Villadiego, sin otro afán que el de llegar al juzgado para ver si se había celebrado o no la boda... Esta incertidumbre le destrozaba.

Y estaba muy lejos todavía de la ciudad... Y había que ir a pie...

¿No llegaría a tiempo?

De pronto vió en un poste de teléfonos un aparato de llamada de incendios. Tuvo una idea, encendida, luminosa, como todas las suyas...

Rompió el pequeño cristal y apretó el botón que advertía como aviso de alarma a los bomberos.

Esperó... Estaba seguro de que no tardarían en venir los potentes automóviles. Entonces, subiría a uno de ellos y se dirigiría inmediatamente al Juzgado.

Pasó un autocar, cargado de turistas.

Pedro les dió el alto y en un arranque de inspiración, les dijo:

—¿Tienen ustedes inconveniente en llevar a un honrado caballero al juzgado?

Los turistas creyeron que se trataba de un bandido y huyeron velozmente, sin querer atender sus palabras.

Furioso, Pedro se rascó la cabeza. Si no venían los bomberos, estaba perdido.

Por fin llegó el primer coche de incendios.

Pedro había encendido con unas virutas un pequeño fuego que aventaba con la mano.

—¡Dense prisa, bomberos, antes de que el fuego se apague! — les dijo.

Y los bomberos descendieron velozmente del automóvil levantando los ojos para ver en qué lugar estaba el incendio.

¿Cómo iban a sospechar que se tratase de una vil superchería, que no hubiese más fuego que el del montón?

Pedro aprovechó la ocasión para subir al automóvil de las bombas y salir disparado a toda velocidad, carretera adelante en busca de la mujer soñada.

—¡Muchas gracias, muchachos!—les gritó: —Esto se llama diligencia.

Y partió, desesperado, hacia la ciudad.

* * *

Mientras tanto, Beatriz y Periquito estaban en el juzgado... pero detenidos, pues por llevar exceso de velocidad en el automóvil, habían sido arrestados.

La boda, pues, tenía que aplazarse hasta acabar la declaración que les hacía el juez.

Margarita, su marido Claudio, la gorda Ursula y su hermano, pusieron el grito en el cielo al darse cuenta de la misteriosa desaparición de Pedro.

—¡Mi pobre amor! — suspiraba la mujer cañón.

—Pero, ¿dónde se habrá metido ese hombre?

—Hay que retroceder. No puede haber ido muy lejos, pues no tenía vehículo.

Dieron la vuelta volviendo a recorrer la carretera. Husmeaban inquietos, nerviosos...

¿Dónde podía estar?

De repente se apartaron para dejar paso a un automóvil de bomberos que marchaba a

toda velocidad, haciendo sonar su bronca bocina.

—¡Eh! ¡Pedro!

Quien guiaba el automóvil era Pedro que llevaba en la cabeza el metálico casco de los bomberos.

¿Estarían soñando?

No, aquel hombre era indudablemente su amigo. Y siguieron su ruta, dispuestos a conocer los misteriosos designios que le obligaban a ir de aquella manera.

Había recorrido algunos kilómetros cuando Pedro tuvo que detenerse ante un grupo de gente que daba grandes gritos y al propio tiempo le aplaudían con entusiasmo.

—¡Un millón de gracias, amigos míos!... —les dijo.

—¡Gracias a Dios! Suponemos que van a venir sus compañeros... ¡Aquí está el fuego, aquí!...

Y le señalaban una alta ventana de donde salía una nube densa de humo.

Pedro se volvió pálido.

Ahora que hacía de bombero, se encontraba con un incendio de verdad. Pretender huir, era imposible. Le lincharían... Era preferible morir quemado.

Y dispuesto a realizar algún acto de heroísmo, descendió del coche, desenrolló las man-

gas y levantando por medio de un resorte la escalera del coche, la acercó a la ventana y trepó por ella con agilidad, acordándose de épocas anteriores en que había realizado ejercicios de gimnasia.

Los amigos de Pedro habían llegado también allí y admiraban el equilibrio del improvisado bombero.

Este saltó por la ventana, envuelta en terrible humo... Apenas veía nada. ¡Con las ganas que tenía él de escapar!

¿Pero cómo hacerlo si el público que ahora desde abajo, le aplaudía por su heroísmo, le hubiera zurrado con igual entusiasmo, arrancándole quizás la piel en tirillas?

Anduvo por dos o tres estancias todas llenas de humo. Le pareció distinguir una bañera llena de agua. Para mayor seguridad puso los dedos en ella y los sacó mojados.

Vió aparecer de pronto a una mujer que iba envuelta en una blanca sábana y con la cabeza rodeada de una toalla.

Dispuesto a prestarle auxilio, pues la mujer era por añadidura bastante guapa, le dijo:

—No se asuste usted, señora... que yo la salvaré.

Pero la damita en cuestión dió un grito como si hubiese visto al demonio:

—¡Márchese de aquí, en seguida, insolente!

—¡Cálmese, corazón!... Vengo a apagar el fuego.

—Salga de aquí... No hay fuego de ningún género...

—¿Y el humo?

Quiso cogerla, pero ella comenzó a correr por la habitación seguida del improvisado bombero que no comprendía aquella resistencia a ser salvada y libertada del peligro.

Por fin volvió a apresarla entre sus brazos y se dispuso a bajar con ella por la escalera.

—¡Bombero, por favor!... Está usted equivocado... Este humo no ha sido nunca de incendio.

—Pues...

—Yo estaba tomando un baño turco... Eso es todo... El humo del vapor ha salido por la ventana y ha alarmado inútilmente al vecindario. Una falsa alarma.

—¡Acabáramos! ¿Y para éso tanta cosa?

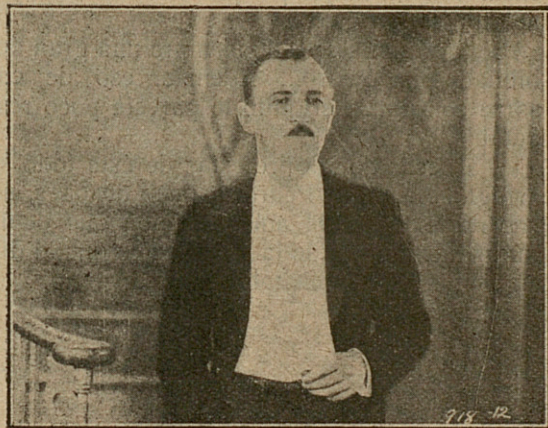
Y volvió a descender por la escalera, después de excusarse ante la dama por el susto que le había dado.

Ya en la calle se encontró con sus amigos que le aguardaban impacientes. Ursula quiso arrojarle a sus brazos, pero él la rechazó asegurándole para librarse de ella que se había casado con otra mujer.

Quiso el hermano de Ursula exigirle res-

ponsabilidades, pero, tras violenta discusión, renació la calma y la pobre mujer cañón tuvo que alejarse con el alma entristecida y rota por el efímero amor.

Y Pedro con Margarita y Claudio se diri-



...no estaba dispuesto a dejársela arrebatar.

gió al Juzgado encontrando a Beatriz y a Perico que ya se disponían a casarse.

—No debes casarte con ese hombre, amor mío — le dijo—. Tus celos son completa-

mente infundados. Esta señora, Margarita, a la que tú creías rival, no es más que una buena amiga mía, al igual que Claudio, su marido, que no me dejará mentir.

—Confíe usted en él, señorita—dijo Claudio—. Es un perfecto caballero. Se quería casar con mi mujer porque usted le abandonaba, sólo por esto...

Beatriz había sentido siempre una gran debilidad por Pedro... Además, eso de casarse con un... Periquito le parecía poco respetable.

Y a pesar de las protestas de éste todo se arregló. Aceptó a Pedro, y poco después, un sacerdote bendecía aquella unión que debía durar hasta el fin de la vida... si es que al día siguiente no se solicitaba ya el divorcio.

Pero, no.

* * *

Unos meses después, Pedro y Beatriz eran tan felices como cuando se casaron. Además, pronto un hijo iba a alegrar su existencia.

Pedro, cada vez que veía las bombas de incendio, le entraba un acceso de furor.

¡Palabra que si un día se le incendiaba la casa, preferiría verlo todo achicharrado antes de que fuesen los bomberos!

Aun recordaba la fuerte multa que le impusieron el día en que se apoderó del automóvil bomba para llegar cerca de donde estaba Beatriz.

¿Por qué tuvieron que castigarle?

¡Si el amor es tan devorador como el fuego!

¡Si lo es más!

Pero resignóse a pagar... para que no le encerraran en la cárcel por unos meses.

Suerte que todo había salido bien. Y eran Beatriz... y lo que vendría... la bella recompensa.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

(6193) 3-5-1926

PIDA USTED EN DAS PARTES

MI SOBRE

(SOBRE CON REGALO
DE 1 A 4 PESETAS)

PRECIO: 20 CÉNTIMOS

[B.]